

camino de

libertad

howard fast

La guerra había terminado —la larga y sangrienta guerra que fue, en su tiempo, la más grande guerra popular que el mundo hubiese conocido— y los hombres de uniformes azules retornaban a sus hogares. Los de uniforme gris, aturcidos y heridos, paseaban la mirada en torno, contemplando sus propiedades asoladas y perdidas, y veían qué era en verdad la guerra. En Appomatox, el general Lee depuso sus armas y entonces todo terminó. Y en el cálido Sur cuatro millones de negros acababan de pasar de la condición de esclavos a la de ciudadanos libres. Libertad pagada con jirones de carne dejados en los campos de batalla; ¡preciosa libertad! Para el hombre libre son suyos el ayer y el mañana: cuando el hambre le acose no tendrá un amo que atienda a su sustento, mas tampoco sentirá en sus espaldas los aguijonazos de la mirada feroz y recelosa del capataz, no oirá sus gritos airados, ni sufrirá sus azotes al alargar el paso a la vista de un camino de liberación. Doscientos mil negros eran soldados de la República al cesar la lucha, y muchos de ellos regresaron a sus chozas con el fusil al hombro.

Prólogo

La guerra había terminado —la larga y sangrienta guerra que fue, en su tiempo, la más grande guerra popular que el mundo hubiese conocido— y los hombres de uniformes azules retornaban a sus hogares. Los de uniforme gris, aturcidos y heridos, paseaban la mirada en torno, contemplando sus propiedades assoladas y perdidas, y veían qué era en verdad la guerra.

En Appomatox, el general Lee depuso sus armas y entonces todo terminó. Y en el cálido Sur cuatro millones de negros acababan de pasar de la condición de esclavos a la de ciudadanos libres. Libertad pagada con jirones de carne dejados en los campos de batalla; ¡preciosa libertad! Para el hombre libre son suyos el ayer y el mañana: cuando el hambre le acose no tendrá un amo que atienda a su sustento, mas tampoco sentirá en sus espaldas los aguijonazos de la mirada feroz y recelosa del capataz, no oirá sus gritos airados, ni sufrirá sus azotes al alargar el paso a la vista de un camino de liberación. Doscientos mil negros eran soldados de la República al cesar la lucha, y muchos de ellos regresaron a sus chozas con el fusil al hombro.

Gideon Jackson estaba entre ellos. Alto y fornido, y cansado, con un desvaído uniforme azul, Gideon Jackson volvía a los campos de Carolina, a la plantación de los Carwell, adonde perteneciera. La casa solariega de los Carwell, casona blanca coronando un collado, se erguía adusta, tal como la recordaba Gideon, intacta aún, pero con sus jardines convertidos en zarzales y los campos labrantíos en páramos. Los flamantes ciudadanos libres volvían a ocupar anti-

guas cabañas de sus tiempos de esclavos, junto con aquellos de su misma raza que no habían hecho la guerra.

La afluencia de liberados a Carwell fue creciendo con el andar de los meses; procedían de las frías comarcas del Norte, hacia donde habían huido en busca de libertad, de las filas del Ejército Unionista, de cuevas en la espesura de los bosques y de las orillas de los solitarios pantanos esparcidos en los lóbregos tembladerales de la costa. Retomaban el hilo de su antiguo modo de vivir, dominados por el profundo asombro de ser libres.

Primera parte

LA VOTACIÓN

I

GIDEON JACKSON VUELVE A SU HO-
GAR
DESPUÉS DE LAS ELECCIONES

Los cuervos despertaron temprano a Raquel aquella destemplada mañana de noviembre. Arrebujada en la raída cobija, en tanto su hijita Jenny le abrigaba el pecho con su cuerpecito, Raquel escuchaba el grajear de aquellos pajarracos. El graznido procedía de lejos, cro, cro, cro, monacorde y lúgubre, aunque no lo era tanto para ella, acostumbrada como estaba a oírlo todas las mañanas al alba. Fuera bueno o malo el amanecer, tanto se les daba a los cuervos.

Sin despegarse del cuerpo de la madre, la niña se movió para tomar una posición más cómoda, llevándose consigo el punto abrigado que formaba su cuerpo en el de la madre; y Raquel le murmuró, cariñosa:

—Quieta hijita, quieta; escucha los cuervos... escucha. Pero el día avanza, es imposible detenerlo. El jergón crujía perezosamente, invitando a demorarse un rato más en la cama esa mañana, pero no bien el sol se hubo abierto paso entre la niebla, introdujo sus rayos por las hendijas que formaban las tablas alabeadas de la puerta de la choza. Jeff, tras un primer desperezo, hizo retumbar el piso con sus talones desnudos; Jenny despertó de pronto, y al levantar su lanuda cabecita; dio paso al aire frío entre ella y su madre. A Marcus se le dio esa mañana por hacer ruidos raros, algo

entre ronquidos y bostezos, y Jeff, irritado, la emprendió con el a codazos, para terminar ambos rodando por el piso, trabados en lucha.

Raquel, conociendo todos esos ruidos del despertar, no necesitó abrir los ojos para saber de dónde venían. «¿Por qué habremos de despertar emitiendo ruidos tan raros?», preguntábase, molesta. Con todo, se contuvo unos instantes, con los párpados entornados, antes de incorporarse y saltar de la cama, dispuesta a imponer la paz.

—¡Jeff, quédate quieto!

Había enroscado sus piernas en torno a la cintura de Marcus. Tenía Jeff apenas quince años, pero no le cedía a Gideon en contextura; era un gigante, aun antes de tener conciencia de ser hombre. Pasaba del metro ochenta de talla. Su cutis, moreno chocolate, acercábase más al color de Raquel que al brillante negro ciruela que caracterizaba a Gideon, de quien había tomado el rostro oval y la armonía de las líneas. Parecía nacido para hacer pecar a las mujeres. Marcus, en los doce años, era huesudo y menudo. Por eso, Raquel reprendía a Jeff:

¡Suelta esas piernas, gandul!

Jenny, la menor de la familia, de siete años, salió corriendo de la choza, como todas las mañanas a esa hora, en busca de aire y luz. El perro le dio los buenos días con ladridos alborozados.

Al incorporarse Jeff, Marcus descargó sobre él una lluvia de puñetazos... pájaro carpintero echando picotazos a un tronco de roble. Jeff era de ánimo sereno, en lo cual se parecía a su padre, pero sin el acero en el corazón que convertía a Gideon en alguien. Jeff tardaba mucho en dejarse dominar por la ira, que cuando estallaba había de ser volcánica; pero, en Gideon hervía una lava eterna.

—¡Salgan de aquí! —les gritó la madre—. ¡Salgan, les digo, vayan afuera!

Les regañaba, pero hacía esfuerzos por contener la risa al mismo tiempo. Menuda de cuerpo como era ella, no al-

canzaba a explicarse el milagro de que aquellas masas de carne morena fueran suyas, de sus entrañas, salidas de un saquito, adherido al ombligo por un tenue cordón. Sí, pero su hombre era grande; ¡son hijos de Gideon!, pensaba Raquel con orgullo. Entretanto, arreglaba las cosas en el interior de la choza, llena ya de luz dorada. La puerta volvió a abrirse, de afuera esta vez. Era Jeff, que entraba con carbones encendidos para el hogar, y la cabeza chorreándole agua. Acababa de lavarse en una tina, donde se recogía agua llovida; luego fue Raquel a chapuzar manos y cabeza en el mismo recipiente.

—¡Vamos, a lavarse, pronto! —dijo, llamando a Jenny, una vez que hubo terminado ella.

Jenny le tenía horror al agua; después de repetidos llamados, Raquel la tomó de un brazo y le acercó la cabecita lanuda al agua, tormento que la niña trató de acortar a gritos, como si el agua fría fuese a matarla. El fuego ya crepitaba alegre, cuando Raquel volvió al interior de la cabaña. En un tazón de madera comenzó a verter y mezclar harina, en tanto Jeff avivaba los tizones. El perro no había de desperdiciar la oportunidad de echarse junto a la lumbre. ¡Qué otra cosa puede hacer un perro en una destemplada mañana de noviembre!...

En la época de su mayor esplendor, una década atrás, la plantación de los Carwell cubría una superficie de diez mil hectáreas de buena tierra labrantía, como sabe haberlas en Carolina del Sur. A cien millas de la costa se extendía, sobre un terreno suavemente ondulado, característico de la marca entre la llanura aluvional y las estribaciones de las sierras. Cuando reinaba supremo el algodón, tres fardos eran la cosecha de una hectárea de cultivo, y cuando el algodónero abría sus niveas cápsulas, los campos se convertían en una mar blanca hasta el horizonte.

Dominaba la escena la maciza casa colonial, con veintidós aposentos distribuidos en cuatro pisos. Un amplio pórtico formábale un peristilo como en un templo griego. Se

erguía la casona en la cima del collado más alto, casi en el centro geográfico de la plantación. Dos hileras de sauces daban sombra al camino que conducía a ella, mientras una guirnalda de encinas formaba a su alrededor una umbrosa muralla protectora.

Observándola desde las cabañas de los negros, media milla hacia el bajo, acentuábase aún más su parecido a un templo ateniense; y cuando alguna gran nube navegaba el cielo, formándole un fondo blancuzco, ofrecía un espectáculo acaso único en esa latitud del país.

Pero dejemos lo ido. En ese año de 1867, nadie había plantado algodón en las tierras de los Carwell. Corría la voz de que Dudley Carwell vivía en Charleston, mas nadie sabía nada a ciencia cierta. También se decía que los dos hijos de míster Carwell habían muerto en la guerra, que las deudas y la mora en el pago de impuestos habían reducido a la «plantación» a aquel peregrino estado de interregno, común a la sazón, a tantas extensas plantaciones sureñas. Tampoco faltaban quienes afirmaran que la propiedad estaba ya en manos del Gobierno, a lo cual se complacían en añadir que a todo ex esclavo de los Carwell se le darían cuarenta acres de tierra y una mula. Tal clase de rumores corría como reguero de pólvora, aunque nadie acertaba a señalar con exactitud la verdadera naturaleza de las cosas, ni qué iría a suceder. Ciertas veces habían caído allí hombres blancos de la ciudad de Columbia, capital del estado de Carolina del Sur, pero así se habían marchado, sin dejar rastro.

Entretanto, los esclavos liberados seguían viviendo allí su incierta vida. Muchos de ellos, que no habían dejado la finca a través de toda la guerra, sembrando y cosechando año tras año, cuidaban del lugar. Otros, como Gideon, habían partido para unirse a las tropas del Ejército Unionista. Otros, en fin, pusilánimes, habían corrido a refugiarse donde pudiesen. Pero, aun después de la emancipación, muchos se quedaron, no tanto porque temieran el drástico

castigo que esperaba a los fugitivos, sino porque no sabían adónde ir. Aquello era su hogar, su tierra, su país; nada podía cambiarlo.

A lo largo de toda una generación, los Carwell habían vivido en Charleston, dejando la colonia al cuidado de capataces. Dudley Carwell había visitado el lugar sólo una vez después del tercer año de guerra, que fuera cuando echó llave a la casa solariega y se llevó consigo a la servidumbre. El último capataz habíase marchado en el sesenta y cinco, y desde esa fecha los esclavos habían sido dueños y señores aparentes de la colonia. Ya no sembraban algodón; era ésta una cosecha sujeta a comercialización, y ellos ni entendían de mercados ni sabían qué hacer del dinero contante. Cultivaban, en cambio, maíz y, en los terrenos anegadizos, arroz. No dejaban de cultivar verduras y legumbres en las huertas; criaban asimismo cerdos y aves de corral, asegurándose de ese modo el sustento.

Gracias a ello, podemos afirmar que lo pasaban mejor que muchos otros negros emancipados. Por tres veces habían pasado columnas regulares por el lugar y habían limpiado los campos y los graneros, pero, mal o bien, los pobladores se las habían ingeniado para superar los consiguientes períodos de hambruna. La despechada tropa derrotada sólo había matado a cuatro de éstos, de lo que había que alegrarse, pues en otros sitios habitados por esclavos emancipados no les había ido tan bien.

Y a esta altura de los acontecimientos, desde un lugar muy lejano, aquella cosa llamada Congreso, había impartido la orden de que los nuevos ciudadanos fueran a votar. Viviéronse momentos de perplejidad y estupor en las plantaciones, a no dudarlo.

Marcus fue el primero en ver asomar a Gideon, regresando de la votación, circunstancia que no dejaría de recordar después, siempre que se le presentase la ocasión. El y Axel Christ, junto con algunos otros muchachos, iban retozando camino de la casona blanca, y, alcanzando ya la par-

te alta de la falda, se ofrecían a la vista unas dos millas de un camino tendido contra la lejanía soleada y polvorienta. Aquel camino era una puerta sin umbral. Los viejos decían: «Síguelo derecho y te llevará a Columbia», pero eso era hablar por hablar. Para Marcus y sus amigos, el camino se alejaba, tan sólo... ¿y por qué habría de llevar a sitio alguno?

Cuatro días antes de esto, Gideon y el Hermano Pedro habían llamado a reunión a todos los hombres mayores de veintiún años. Claro que en muchos casos era cuestión de cálculo, pues ¿cómo habían de saber los pobres negros si tenían veinte o veintiuno o veintidós o cuántos? La edad es una cuenta que cambia con los años, y el pobre Hermano Pedro se vio en apuros, teniendo que hurgar en la memoria en busca de circunstancias que le permitieran fijar los nacimientos de tanto puntito negro, y al cabo, a través de la bulla y el parloteo, pudo separar las vacas de los terneros, según él decía. Veintisiete, en total, hubieron de ir a votar.

—¿Y qué es esto de votar?, ¿sabes algo tú? —era la pregunta, muchas veces repetida con que asediaban al pobre Gideon.

Marcus veía muy natural el que se dirigiesen a Gideon para saber alguna cosa. De cuestiones de muerte y Dios, bueno, ahí estaba el Hermano Pedro empapado del asunto, pero en todo lo demás —siembra, enfermedades y muchas otras cosas—, ¿quién mejor asesor que Gideon?

Y ahora regresaban de la votación. A distancia de dos millas, a lo largo del camino polvoriento, marchando a paso lento para esperar a los ancianos rezagados, los había divisado Marcus el primero. Y se había precipitado colina abajo hacia la ranchería.

—¡Ya vienen, ya vienen! ¡Viva!

Los demás muchachos le siguieron en coro. Levantaron una algazara que se oía a la milla, y no hubo en toda la población quien se quedara en el interior de su choza. Querían saber de qué se trataba, y Raquel llegó a pensar en un asesinato, no logrando sacar nada de las palabras incone-

xas de Marcus, hasta que un par de coscorrones lo sosegaron un tanto.

—¿Pero quién es que viene?

—Pa'.

—¿Gideón? —preguntó María, a lo cual no faltó quien añadiera: «Sea loado el Señor», expresando así el sentir de los más. Era una cosa de misterio, esto del voto, asunto de brujería. Con todos los hombres ausentes, la espera había-se tornado solitaria y angustiosa, y tanto más porque nadie en la colonia sabía a ciencia cierta qué era votar. Las mujeres sentíanse más solidarias y cordiales que de costumbre, y al correr de las horas las conjeturas sobre el misterio del voto habían ido haciéndose más raras y disparatadas.

Ahora, todos con la mano en la frente para resguardar los ojos de los rayos del sol, avizoraban el camino polvoriento. No cabían dudas, volvían los hombres... despacio, cierto... —también, todo lo que han andado los pobres—, pero ahí estaban, de vuelta al fin. Aquellos que sabían contar, contaban... y no parecía que faltara nadie. Ya Raquel puede reconocer al esposo, fornido e imponente como siempre.

La naturaleza había sido pródiga al dotar a Gideon. Contextura de toro, ancho de espaldas, fino de cintura, enjuto de piernas; hombres como él, según el dicho corriente, nada tenían que envidiarle a un toro de verdad; y tenía cerebro además... aunque Gideon no era de aquellos que coleccionan dichos y proverbios. El era él, y por esa misma razón la gente gustaba de consultarle; admitían lo de que era un tanto lento en el andar, así del cuerpo, como del cerebro, pero, llegada la necesidad, sabía como moverse. Cuando captaba la sombra de una idea, la barajaba y escudriñaba lentamente, pero una vez que la veía con claridad, ya nadie lograría empañársela.

Venía delante, y Raquel lo contemplaba: el paso lento y el torso un tanto encorvado le decían todas las millas que había dejado atrás. Llevaba el fusil en la mano, según le ha-

bían enseñado en el ejército. Echado al hombro llevaba un bolso, seguramente con alguna cosita para los chicos. A su lado marchaba el Hermano Pedro, alto y enjuto, sin armas, así como cuadra a un siervo de Dios. Les seguían los dos hermanos Jefferson, ambos con el fusil al hombro. Y Hani-bal Washington, el pequeño. Luego James, Andrew, Ferdinand, Alexander, Harold, Baxter, Trooper, estos últimos no tenían apellido aún. Ya se les ocurriría la necesidad de ello, y entonces se darían uno; pero un apellido es asunto de merecer cierta consideración, y no todos se conformaban con el primero que les viniese a la mente.

Jeff no tardó en echarse a correr al encuentro de los hombres, seguido por una caravana de ágiles muchachos y muchachas, a la que las mujeres formaban cola. Raquel se quedó atrás; también lo retuvo a Marcus para que le ayudase a sacar agua fresca del pozo... así podría apagarle la sed a su Gideon. No tenía por qué correr al encuentro del marido como una niña alocada; se conocían los sentimientos.

Era calurosa esa tarde de noviembre. Cuando Gideon y los otros alcanzaron, agotados, la ranchería, el sudor les corría por el rostro, marcando surcos lustrosos en la capa de polvo que lo cubría.

Raquel sentíase recompensada por su premura oyendo cómo el agua gorgoteaba en las gargantas sedientas de los viajeros, quienes le tendían sus tazones de madera, pidiendo más y más. Las preguntas les llegaban en ráfagas y de todos los ángulos:

—¿Qué es votar?

—¿Cómo es que no traen nada? ¿Dónde han dejado lo de la votación?

—¿No iban a comprar el voto?

—¿No lo compraron y pagaron... y entonces?

—¿Cuántos votos había entre los blancos?

—¿Son muy grandes los votos?

—¿Cuántos eran?

Al cabo, el Hermano Pedro gritó exasperado:

—Hermanos, hermanas y chicos, un poco de calma, un poco de silencio, que ya lo sabréis todo.

Los hombres besaron a sus esposas y sus hijos. Gideon, al abrazar a Raquel, lo hizo suave, y cariñosamente. Algunos traían caramelos, que repartían entre todos. Abrieron sus bolsos: para Jenny, traía Gideon una rosa hecha de carranclán, flor bellísima, y tan real que hasta venía perfumada. Las voces se confundían en una Babel negra, pero nadie decía nada sobre aquello de la votación. Los perros, presos de una agitación casi convulsa, se escurrían entre las piernas de los hombres, pues como buenos perros que eran, sentían la necesidad de alguna caricia. Finalmente, el Hermano Pedro, abriendo los brazos en demanda de silencio, se dispuso a hablar. Lo consiguió, en parte: los hombres se acuclillaron; los chicos se echaron sobre el césped; las mujeres se sentaron en el suelo, o permanecieron de pie formando corros, con los brazos entrelazados.

—El hermano Gideon os explicará —dijo—. Esto del voto es algo parecido a una boda o a un sermón de Navidad; es cosa para todo el mundo. El Gobierno os tiende su fuerte brazo derecho, lo mismo que el ángel Gabriel, y os dice: Manifestad vuestra fe. Es lo que hemos hecho nosotros... Al igual que a otros quinientos negros, y quizá más, el Gobierno nos ha dicho: Designad a vuestro delegado. Y también lo hemos hecho. Gideon será nuestro delegado... Es el electo.

Gideon, ya blanco de todas las miradas, muchas incrédulas, se puso de pie, retardando el movimiento. Raquel le leyó signos de temor en los ojos; nunca se le escapaban los cambios de estado de ánimo ni los impulsos íntimos del marido. ¿Qué era eso de haber sido electo? ¿Qué sería un delegado?

—Fuimos allá y votamos dijo Gideon. No delataba su agitación interior; su voz sonaba suave, pero sin fuerza, pues la mente trataba de ordenar las ideas, que se presentaban contusas y en tropel. El voto... —continuó.

Gideon recordó entonces cómo unos pocos días antes habían llegado a la ciudad para hacer uso del nuevo derecho. Había habido en el propio local de la colonia de Carwell una atmósfera de duda, recelo acaso, sobre el significado verdadero del voto; pero Gideon y el Hermano Pedro habíanse prodigado tratando de explicarlo como «la libre determinación de sus propios destinos». Eran hombres libres y gozaban del privilegio de hacer oír su voz; cuando se tratara de resolver una cuestión en disputa, usarían de esa voz...; eso era votar. Mas tales no pasaban de abstracciones, y las abstracciones no hacían sino añadir perplejidad a la duda. Era cosa de esperar y ver qué saldría de todo ello...

Llegados a la ciudad, Gideon había visto cómo todo hombre adulto, blanco o negro, estaba allí presente. Llena la calle principal, abarrotado el pórtico del Ayuntamiento, multitudes abigarradas por doquier... y todos hablando, a voz en cuello, del acontecimiento del día. Una buena mitad, de blancos y negros, andaban armados de fusil. Una compañía del Ejército Unionista había sido destacada en el lugar para mantener el orden. Gideon había dado gracias a Dios por ello; andaban demasiados fusiles, pensaba, y demasiados bravucones.

Y muchos negros, creídos que el voto eran veinte hectáreas de tierra y una mula para llevarse a sus casas, y muchos que habían acudido en la seguridad de que el voto los haría ricos... y muchos que se miraban las manos vacías, desencantados, al salir a la calle después de depositado el voto en la urna.

A Gideon le correspondería intentar explicar a la concurrencia la impresión que le habían causado, cuando llegó el turno para votar, aquel sucio y derruido interior de la vieja casa del Ayuntamiento, los encargados de la mesa electoral sentados en rueda con gran despliegue de libracos enormes, el pabellón de la Unión sembrado de estrellas formando fondo, la media docena de soldados montando guardia,